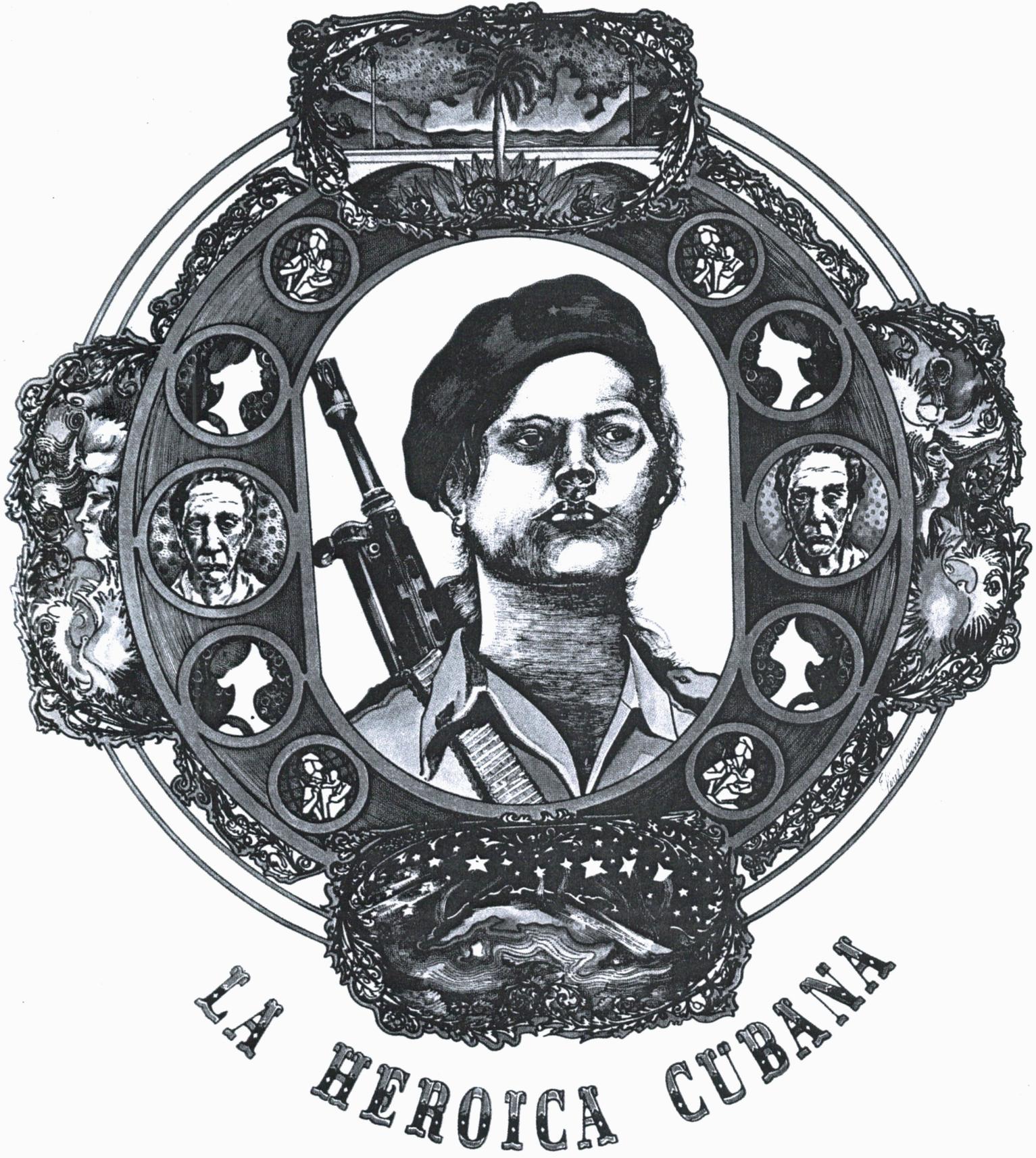


# revolucion y cultura

NÚMERO 79 MARZO 1979



LA HEROICA CUBANA

# revolucion y cultura

Publicación mensual  
No. 79, marzo de 1979  
La Habana, Cuba  
Año 20 de la Victoria  
Director/ Jesús Hernández  
Subdirector editorial/ Enrique Vignier  
Subdirector administrativo/  
Osvaldo Roche

Diseño/ Maggie Hollands  
y Estela Laborde

Redacción y oficinas/ Avenida 47  
No. 2822, entre 28 y 34, Rpto. Kohly  
Marianao, La Habana  
Teléfonos: Redacción, 22-2161;  
Administración, 22-1969

Precio del ejemplar: 30 centavos  
Impreso en los talleres de la Unidad  
01 Osvaldo Sánchez, del  
Ministerio de Cultura

Inscrita como impreso en la Dirección  
Nacional de Correos, Telégrafos  
y Prensa  
Permiso No. 81279/143



## BUSQUE EN ESTA EDICION

### HERNAN H. DESDE LA INGENUIDAD

Los personajes de Gugulandia inventaron la grabadora y la cámara fotográfica para entrevistar al autor de las famosas historietas. Por Agenor Martí. Vea pag.14

### CALOR BAJO CERO

Participantes en los Días de la Cultura Cubana en los países socialistas, testimonian sobre las experiencias de la embajada cultural y la cálida acogida... a pesar de que el termómetro bajaba a escalas increíbles y desconocidas. Vea pag.23

### DONDE LA MUSICA ENCONTRO SU CASA

La música está en todas partes, camina pareja con la historia y el amor; y se la encuentra rica y lozana en la Casa de la Trova de Santiago. Por Miguel Barnet. Vea pag.30

### ARTE NUEVO SIN TRADICIONES NI HISTORIA

El cine cubano cumple 20 años y se ha convertido en uno de los logros culturales más importantes de la Revolución. En este número algunas de sus imágenes y las opiniones de aquellos que toman asiento cotidianamente frente a la gran pantalla. Vea pag.40

### NADA ES SECRETO PARA SIEMPRE

A veinte años de fundada la Seguridad del Estado, algunas de sus heroicas acciones han dejado ya su lugar en los expedientes secretos para convertirse en vívidos testimonios y apasionantes relatos. Vea pag.66

VIETNAM VENCERA	(fotos): Grandal	2
CONSTRUCTOR (Poema)	Ana Núñez Machín	p. 7
¡QUE DIFERENTE ERA ANTES!	René Portocarrero	p. 8
ALMENDROS, EL MANCHEGO	Renée Méndez Capote	p. 10
LA MUJER DE LAS ESTAMPAS	Aldo Menéndez	p. 19
HACIA UN NUEVO LENGUAJE TEATRAL (Entrevista a Santiago García)	Humberto Arena!	p. 34
LA MUJER CUBANA Y EL ACCESO A LA CULTURA	Emilio Godínez	p. 36
CASI UN SIGLO DESPUES	Angel Rivero	p. 54
SOMOS URUGUAY (Entrevista a Saúl Ibargoyen)	Mayra A. Martínez	p. 58
USA: LA MUJER QUE NOS OFRECE LOS MEDIOS MASIVOS	Margaret Randall	p. 62
MI AMIGO STIRLIZT	Liudmila Tkachenko	p. 74
EN LA CARPETA 9 (Grabados de Lijiam Cuenca)	José Veigas	p. 77
ORBITAS		p. 80



Portada: Diseño/ Enrique Pérez Triana

Contraportada: Fotos/ Tito Alvarez

Cromo Central: Diseño/Maggie Hollands, Fotos/Tito Alvarez

# ALMENDROS

## EL MANCHEGO

Renée Méndez Capote

*Almansa Región de la MANCHA*  
En ~~Almanza~~ en la ~~Provincia de León~~ *la de la*  
*imprávillosa catedral* — el 9 de octubre de 1898, nace un niño, hijo de un honrado y esforzado obrero de la construcción, a cuyo niño se le pone por nombre Herminio. La pequeña villa manchega está situada en las orillas del río Cea, en el cual abundan las truchas, ese delicioso pescado de agua dulce, que tuvimos la suerte de gustar en el legendario lago Seván, en la Armenia oriental, soviética y progresista. Podemos imaginarnos al niño Herminio con sus fuertes y ágiles piernas campesinas, metidas en el río, acechando las truchas que irán a reforzar las comidas de la familia, ya con la cabeza cargada de sueños y ansias de saber.

Qué corto en el tiempo y qué largo en provecho, el camino emprendido con sacrificio y tesón, del muchacho que estudia Magisterio y en 1921 ingresa como alumno becado en la Escuela Superior del Magisterio (equivalente a la Universidad de Pedagogía, entonces inexistente), terminando sus estudios con el número uno en su promoción. Desde 1925 hasta 1928 dirige una escuela Comercial Agrícola en la provincia de León, dependiente de la Institución de Enseñanza Libre fundada por el sabio Francisco Giner de los Ríos; institución que desde Madrid había proclamado y ofrecido una de las más hermosas experiencias pedagógicas de educación nueva entre el último cuarto del siglo XIX y el primero del siglo XX. La obra de la Institución fue ejemplar, pero trascendió poco y fue restringida, como cuadraba a un país en el cual la enseñanza tenía más de medio siglo de atraso, y en la que no se aspiraba más que a enseñar a leer carteles y silabarios, a escribir con muestras y cuadernos pautados, hasta poder tomar dictados de nociones escolares resumidas, a practicar inseguramente el mecanismo de básicas operaciones aritméticas y aprender, de memoria, mínimas nociones de geografía e historia nacionales, así como oraciones del catecismo de la doctrina cristiana católica. En general ese era el tono de la labor pedagógica en la mayor parte de las escuelitas únicas de los pequeños poblados.

En 1929 se le nombró por oposición, Inspector de primera enseñanza de la provincia de Lérida. En 1932 pasa a ocupar la plaza de Inspector de la provincia de Barcelona, cargo en el que al poco tiempo



Almendros en 1970.



es ascendido a Inspector Jefe y profesor de Pedagogía en la universidad barcelonesa. De ideas progresistas, identificado con los ideales de una España republicana, se incorpora al ejército de la República, y el 25 de enero de 1939, acusado de comunista y con su vida en peligro, pasa la frontera refugiándose en Francia, que se muestra muy remisa a concederle asilo; y desde allí, en abril del mismo año, llega a Cuba.

Condenado a muerte por Franco, no puede ni desea regresar a la España fascista. Aquí, entre nosotros, se hace un hogar, pero un hogar solitario y triste de hombre solo que ha dejado allá, en la patria tan cercana a su corazón y que ahora se le ha vuelto, físicamente, tan lejana, a su admirable mujer y sus tres pequeños hijos; y solamente en un trabajo intenso, en una dedicación absoluta a su segunda patria y a la educación de niños y jóvenes, se encuentra paliativo a una dolorosa y austera soledad que no terminará hasta que consiga reunirse con su familia, la cual no llegará a Cuba hasta 1949; pasan diez terribles años hasta que la esposa ejemplar logre conseguir la salida que le negaba el gobierno de Franco.

Almendros era entusiasta partidario del método de enseñanza del profesor francés Freinet; después que en 1928 había regresado de Suiza el profesor de la Escuela Normal de Lérida, Jesús Sanz, que se familiarizó con el nuevo sistema de enseñanza, que denunciaba la rutina escolástica y preconizaba que todo trabajo escolar debe fundirse con el medio social, Almendros solicita más información del propio Freinet y estudia las posibilidades de aplicar las nuevas técnicas. En España algunos maestros progresistas empezaron a hacerse partícipe del "hallazgo" pedagógico y, entusiasmados, desearon compartir la experiencia. Las nuevas tendencias de la escuela activa se introducían en un más amplio sector, y surgió el proyecto de constituir una pequeña cooperativa que pusiera al alcance de los limitados bolsillos de los maestros, el material necesario para poder encausar la avidez de conocimientos de los alumnos hacia la investigación libre y realizaciones ancladas en la vida, y que los maestros vieran que su labor perdía el carácter escolástico y rutinario, transformándose en creativa y desalienadora. ¿Cómo Herminio Almendros no iba a parecer un enemigo peligroso a toda aquella cohorte que había asaltado el poder para atrasar a España cuarenta años en su desenvolvimiento cultural, político y social?

La labor de Almendros en Cuba es incansable, fructífera y fecunda. Es muy poco el espacio de un artículo, para hacer una reseña de todo lo que nos ha dejado. En *El Caimán Barbudo*, de diciembre de 1974, se ha publicado un bello trabajo, bien documentado con testimonios vivos, de su labor docente y literaria. La compañera Alga Marina Elizagaray ha estudiado profunda y certeramente a Herminio Almendros, a su Martí y su valioso libro sobre la Edad de Oro, el compañero Mota leyó en una velada conmemorativa, preciosos datos de su trayectoria pedagógica y política. Voy a repetir palabras de nuestro Juan Marinello, reproducidas en el citado artículo de la valiosa revista de nuestra juventud.

Nos dice Marinello:

"Tuve la fortuna de conocer y tratar largos años

al profesor y escritor Herminio Almendros, y guardaré de él el más grato y noble recuerdo.

"Fue Almendros un caso eminente de intelectual honesto y lúcido. Representante de una época esclerótica del profesorado español y progresista —realmente progresista y realmente liberal—, nos ofreció una colaboración muy valiosa en la renovación de nuestra enseñanza. No asustaron al pedagogo hecho en normas clásicas las hermosas hazañas de la escuela impulsada por nuestra Revolución. Su lealtad estuvo siempre a la altura de su competencia, debe recordarse con gratitud su ayuda entusiasta y consecuente.

"No se olvide nunca el aporte de Herminio Almendros en el campo de las técnicas del decir y del escribir, en que se hermanaba la ciencia y la gracia. Los que recibieron su decisiva orientación deben proclamarlo". Y del mismo artículo del C. B., reproducimos unos párrafos de nuestro José Antonio Portuondo, de un interés pedagógico y humano extraordinario:

"Lo más importante de la obra de Almendros en la etapa prerrevolucionaria, fue su colaboración muy estrecha con la Universidad de Oriente. La Universidad se fundó en 1947; yo no estaba en Cuba, pero cuando me incorporé en 1963 al trabajo, allí me encontré con que Almendros había realizado una extraordinaria labor creadora. La Escuela de Educación de la Universidad de Oriente, animada por él, fue sin duda la más avanzada de Cuba en aquel instante.

"Recuerdo entre las cosas notables realizadas por Almendros, en esa Universidad, su trabajo con los niños de la Escuela Anexa, en donde convirtió a todo un puñado de chiquillos del pueblo de Santiago, la mayor parte de las barriadas más pobres que rodeaban la Universidad, en verdaderos artistas. Él introdujo una pequeña imprenta de mano para que los niños imprimieran sus creaciones, que además ilustraban con lápiz de color acuarela.

"En una oportunidad un chiquillo contó la aventura de una ovejita que había sido rescatada en el mar por el padre de otro chiquillo; al parecer se mantuvo flotando hasta que la encontraron unos pescadores que la entregaron al pequeño zoológico de la Escuela. Aquel niño contó la historia de Sirenita, que así nombraron a la ovejita. La imprimieron los niños, la ilustraron los niños. Este cuento se dio en intercambio a otras escuelas de Francia con las cuales se relacionaba la Universidad de Oriente. El cuento gustó, fue traducido y reproducido en francés; de este modo este oscuro chiquillo de Santiago de Cuba fue un autor traducido al francés, extraordinario estímulo para él y los demás. Así trabajaba Herminio Almendros".

Una bibliografía de la obra de Herminio Almendros sería alargar demasiado este modesto trabajo de recordación. Mencionaremos sólo unos cuantos de sus títulos, deliciosos e instructivos, escritos de mano maestra para los niños y los jóvenes: **Había una vez; Oros viejos; Martí; Cuentos y leyendas, Lecturas ejemplares...** Sobre todos ellos descuella la admirable biografía de nuestro Martí, hecha con claridad y ajustado enfoque, de una de las grandes figuras de la historia americana, que Almendros trata con amor.

# ALMENDROS EL MANCHEGO

Mis recuerdos personales de Herminio Almendros forman parte de los más entrañables de mi larga vida laboral. En 1964, entré a trabajar en la Editora Nacional, llevada desde la Biblioteca Nacional por Alejo Carpentier.

Se me asignó a la Editora Juvenil, donde encontré un magnífico grupo de compañeros que me hicieron sumamente agradable el trabajo diario: Anisia, Monzón, Evaristo, Velasco... y un jefe inolvidable, que junto con José Antonio Ramos ha pasado a ser parte de mis queridos recuerdos de una época ya lejana, pero siempre próxima.

Herminio Almendros, a pesar de la superioridad que le daban su vasta experiencia, y sus conocimientos profundos, en el campo de la pedagogía y la bibliografía infantil y juvenil, me acogió con sencillez y simpatía, y pronto se estableció entre nosotros una sólida amistad, porque entre el austero intelectual español y la criolla desenfadada existía verdadera afinidad. Yo lo miraba con ternura de hermana, pero nunca pude dejar de llamarle doctor, pues él trascendía respeto.

El doctor Almendros era puntual como un reloj bien ajustado; era cortés, amable en grado sumo, humano y de buen carácter; lo único que podía sacar a Almendros de sus casillas eran las faltas gramaticales y una pobre redacción. Cuando yo, que por la señora doña Gramática he sentido un respeto relativo, aunque me gusta el idioma bien usado y el estilo cuidado, le decía: —Eso no tiene tanta importancia, doctor, él se me quedaba mirando con una expresión de genuina lástima y me explicaba: —La Gramática hay que respetarla, jovencita. Y lo gracioso es que yo era una contemporánea suya y andaba entonces por mis buenos sesenta y tres años. Pero Almendros me decía que yo era joven y lo sería mientras estuviese viva. Era generoso en extremo; nadie se alegró más con mi maravilloso viaje a la Unión Soviética en 1965, y a nadie halagó tanto la buena acogida que se le dispensó a mis afortunadas **Memorias de una cubanita que nació con el siglo**. Y esa cualidad en el ambiente de las letras no era tan fácil de encontrar.

El doctor Almendros se asustaba un poco ante mi rapidez para escribir, y al principio yo le inspiraba su poquito de desconfianza. El escribía lentamente, pulía y volvía a pulir, no quedaba satisfecho hasta que juzgaba sus párrafos perfectos; le daba una importancia enorme a la buena puntuación, y había una cosa que lo sacaba materialmente de quicio con una fuerza que contrastaba con su natural bondad de carácter: el uso del gerundio. Y yo presencié un duelo de gerundios entre Herminio Almendros y Alejo Carpentier, que pinta la integridad literaria de estos dos hombres tan disímiles y sin embargo tan iguales en su solidez moral. Almendros admiraba mucho a Alejo, y Alejo respetaba totalmente a Almendros. Almendros le decía a Alejo: —Usas de-

masiado el Gerundio, Alejo. Y Alejo se reía y seguía usando su gerundio. Pues una buena mañana de aquellas tan agradables de Manrique y Virtudes, vimos venir a Alejo apresurado y eufórico desde el final del pasillo; enarbolando una carta y arrastrando sus erres, decía con voz triunfal: ¡Herminio, Herminio, léete esta carta a ver qué me dices después! Era la carta de un personaje de las letras españolas, cuyo nombre no hay manera que recuerde, que le elogiaba extraordinariamente sus obras y le decía: —Y lo que más me gusta y me admira de su estilo, es la forma magnífica en que usa usted el gerundio.

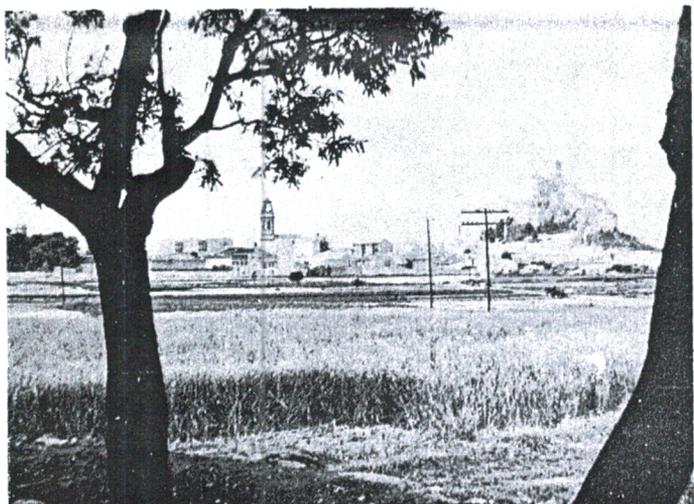
Alejo era como un muchacho con un premio en la mano. Y Almendros, después de leer la carta y felicitarlo por ella, dijo muy seguro: —La carta está muy bien y es muy justa en sus elogios... Pero sigues usando demasiado el gerundio.

Yo trabajé tan a gusto en la Editora Juvenil, escribí, traduje, revisé tanto y con tanto entusiasmo, que aquéllos fueron años felices y eché de menos la oficina cuando pasé a la Editorial Gente Nueva, al crearse el Instituto del Libro aunque, pronto me sentí como pez en el agua, por la magnífica calidad de los compañeros que encontré donde me precio tener muy buenos amigos.

Mi amistad con Almendros y María estaba bien cimentada; ellos me querían y yo sencillamente los adoraba, porque eran una pareja adorable.

Yo iba a verlos a su casa. Almendros se interesaba mucho por los modismos y la manera peculiar de usar el idioma de los cubanos, y muchas veces vino conmigo en que uno de los pueblos hispanoamericanos que mejor escribía el español éramos nosotros. Había cosas de nuestra habla hispano-cubana-africana con toque indios, que le hacían mucha gracia. Me decía: —¿Por qué dicen ustedes la manito, si es la manita? Cuando yo oigo a las madres decir: —Niño, dame la manito— me hace mucha gracia. Otra cosa que le resultaba curiosa era el uso del usted: —Cuando un padre cubano regaña a un hijo, le dice: “Venga, usted acá; ¿usted no sabe que eso no se hace? Y aquello de ¿Qué hora son? Son la una. Y la risa incontenible que le causó un cuento que me hizo Monzón, de una reunión de trabajo en la que el jefe preguntó: ¿—Cuál de ustedes es Juan Fernández? y un compañero contestó: —Este que **ta cá trá**. Para apreciar la entera personalidad de Almendros había que trabajar con él, almorzar con él como hice yo tantas y tantas veces. Era sobrio en el comer, como buen manchego, le gustaba tomar una cerveza en el almuerzo, pero jamás tomó ni una gota más. En la mesa hablaba siempre de cosas ligeras y amenas; era cordial con todo el mundo, nunca le oí hablar ni medianamente mal de nadie, y él bien sabía que tenía sus envidiosillos...

A mí me gustaba recordarle la oportunidad en que nos habíamos conocido a raíz de llegar él de



Almanza: la patria chica.



Herminio Almendros, recién llegado a La Habana, en 1939, cuando yo lo conocí.

España, entristecido por la separación de una familia a la que adoraba, con un porvenir incierto por delante. Fue en una reunión en casa de las Freyre de Andrade, María Teresa y Conchita, que se interesaban vivamente por la bibliografía infantil y juvenil, en lengua española. Almendros ni se fijó en mí, pero a mí me impresionaron su tranquila y firme personalidad, sus profundos conocimientos y sus ideas sobre la educación.

Y para terminar estas modestas líneas de evocación de una figura que está pidiendo la biografía, quiero recordarlo maestro de nuestras gloriosas Fuerzas Revolucionarias, reunido con su mujer y sus hijos en la nueva Cuba, reconocidos sus grandes méritos y respetado por nuestros dirigentes, y español de regreso de la España a la que hizo un corto viaje en compañía de su María.

Los sábados por la mañana, los muchachos de la Unidad Militar en la cual daba sus lecciones, venían a buscarlo en un patrullero y después de terminada la clase, lo llevaban a pasear por las playas, y le mostraban las nuevas construcciones y todo lo de interés que iba surgiendo vertiginosamente. Para Almendros aquellos paseos sabatinos se habían convertido en un delicioso descanso; me contaba todo lo que había visto y se daba el gusto de describirme los estupendos progresos de los alrededores de La Habana. Pues corrió la bola de que Herminio Almendros estaba preso en su casa y los sábados lo llevaban a juicio.

—Imaginación tropical, imaginación tropical... comentaba él. ¡Y cómo se reía!

Al regreso de su corto viaje a España, me contaba con mucha pena que había encontrado a su pueblo penetrado de la influencia yanqui. Que había visto en una carretera un motel formidable, una gasolinera magnífica, y alrededor, cuevas miserables en las que seguía viviendo un pueblo inerte. —Me pareció que España estaba adormecida, hipnotizada, que tenía dormida aquella facultad de rebeldía que era una de nuestras características. Y lo decía con dolor, aunque enseguida reaccionaba y añadía:

—Tiene que ser como un mal sueño... Ya despertará.

Y lo registro, en este mundo maravilloso del recuerdo, que es el consuelo de los viejos, una anécdota de Alejo Carpentier, al regreso de un viaje a España:

—Renée, qué mala influencia ejercen esos yanquis sobre los pueblos en los cuales se meten... ¡Les he visto los bloomers a las muchachas del Avapiés!

Y yo evoqué aquel barrio típicamente obrero y genuinamente madrileño lleno en las mañanas de modistillas, planchadoras, muchachas que se dirigían a los talleres bien calzadas, divinamente bien peinadas, con sus largas faldas almidonadas y sus mantoncillos de seda negra con largos flecos, con caras relucientes de limpia juventud y bocas golosas de vida honrada, que llenaban la calle de una impresión de virtud sólida, de carácter entero y de temenina compostura y modestia, que ninguna influencia extraña parecía poder torcer.

Y ahora saludo, en el recuerdo de Almendros, a esta España, nueva que está renaciendo, hermana de nuestra Cuba revolucionaria, inmovible y limpia.

